

¿Cómo ir a contravía? El ejemplo de la Universidad

Alicia Ponte-Sucre

Al leer la columna de Leonardo Padrón en El Nacional, el día 11 de agosto 2013 (http://www.el-nacional.com/siete_dias/contravia_0_242975878.html), encontré resonancia en sus palabras. Ese texto enfoca acertadamente el debate en el que estamos inmersos para definir el futuro (y el presente) de Venezuela. En el caso de la Educación Superior la polémica enmarca retos como su calidad, ética, financiamiento, organización, y las políticas para regirla. Sumergirse en esta argumentación requiere ir a contravía.

La discusión en relación a la Educación en general debe necesariamente plantearse a dos niveles. El primero, cercano, lineal y con perspectiva inmediata, a fin de darle respuestas concretas y tangibles a las situaciones técnicas. El segundo, abstracto y profundo, visualiza al Proceso Educativo como una imbricada tela de araña, que paradójicamente toca cada arista de nuestra vida cotidiana.

Las instancias clave pertinentes a la Educación Superior, la Academia, la Administración, la Extensión y la Investigación son extremadamente complejas. Un plan maestro referido a su optimización podría caer en la tentación de resolverlos de forma abstracta y lejana a la realidad. Para que el resultado de cualquier estrategia sea fructífero es fundamental comprender su propósito primordial, el de la Educación Superior, y los principios sobre los cuales debe basarse la organización de las instancias que lo integran.

Productividad en el subsector de Educación Superior es sinónimo de (1) preparar los profesionales que el país necesita, (2) ofrecer los servicios que la sociedad reclama, (3) realizar la investigación y/o producir el conocimiento que garantice el desarrollo del país, (4) crear el pensamiento artístico, filosófico, literario y sociológico que nos permita comprender nuestra idiosincrasia, y (5) guiar a la sociedad hacia la consolidación de su bienestar.

Las Universidades son instituciones privilegiadas y únicas para cumplir esta labor. ¿Por qué? Por estar integradas por individuos capaces de trascender sus paradigmas, pensar lo impensable y crearlo; por contar con el potencial imprescindible para formar los individuos que constituyen las sociedades; y por su flexibilidad y habilidad para enfrentarse a retos que involucren problemas concretos, fundamentales y teóricos, a resolver en el interés de servir a la sociedad.

Ser productivas es sin embargo un reto en el siglo XXI, en el cual la “Sociedad del Conocimiento” impone cánones inviolable. Y ese desafío significa que las Universidades deben cumplir con premisas esenciales: ser federativas, interactuar en investigación con otras universidades e institutos de investigación (no necesariamente académicos), idear formas de financiamiento alternativas a las gubernamentales y por encima de todo, constituirse en centros de excelencia en investigación, innovación y educación.

Para lograr esto es necesario partir de la ética, como el fundamento de la dignidad de las personas, que les permite saberse dueñas de su futuro. Sin embargo, ni la libertad, ni la dignidad, sino la adversidad, son los sustantivos que rigen el día a día en Venezuela.

Zozobramos en una crisis general y profunda que se manifiesta en el desenfreno de la vida, la violencia, la (falta de) convivencia social, (la ausencia de) valores morales y de sentido común; con extremos de vértigo, abismales y extravagantes. Atropellos exacerbados por la sed de violencia que el mismo desafuero despierta, se acumulan dentro de cada quien, hasta convertirse en una verruga fea, grande y peluda que nos asusta al mirarnos en un espejo. Esta sensación de desasosiego asedia a todos en el diario quehacer, y el ajedrez de la vida nos enreda en un juego peligroso, el de la supervivencia “resistir”.

Para el Universitario esta actitud no es una estrategia viable. Al contrario, de la fatalidad diaria decantamos fuerza y la transformamos en potencia creadora, para así drenar y desahogarnos de la sobrecarga de energía negativa acumulada. Esa voluntad nos salva del colapso moral y detiene la atracción fatal del vértigo que produce el abismo que nos rodea. Es el profundo anhelo de libertad que mantiene nuestros pies sobre la tierra al sentir cada pliegue del rugoso suelo, inmersos en un entorno chocante, que contrasta con la emoción y motivación que despierta en nosotros la cercanía de los estudiantes que nos acompañan en nuestro transitar cotidiano. De esa forma, el sentimiento de impotencia que nos agobia se diluye y conquistamos a cada momento la libertad que nos garantiza la dignidad de la vida.

Estas circunstancias prevalecen en el paro en el que nos mantenemos. Hay quienes juzgan y dicen que el problema universitario no es de presupuesto, sino de (mala) distribución de dinero. Hay otros que afirman que nunca desde su creación se habían cumplido las normas de homologación como hasta ahora. Hay quienes incluso aseveran que si tuviéramos decencia deberíamos tener vergüenza por estar en paro, a pesar de haber recibido los aumentos decretados. Otros más nos acusan de hacerle perder el tiempo a los estudiantes. Y unos más amenazan con agredirnos por estar parados. Con razón o sin ella, estos individuos se toman el tiempo de argumentar violentamente, sin medida, sin pensar, sin respeto, insultantes; se dedican a estimular la perversidad y a usar la intimidación como herramienta de comunicación. Atentan contra la dignidad Universitaria; sin querer atentan también contra la de ellos mismos.

A pesar de múltiples anzuelos y carnadas, la Universidad se ha mantenido firme e incólume. En respuesta a los insultos, ha respondido sobriamente. Pareciera que el objetivo de estas estrategias disuasivas es reducir el problema a uno de dinero, a los sueldos. Para La Universidad ese es un tema banal al contrastarlo con la justeza de lo que está pidiendo la Comunidad Universitaria Venezolana. El fundamento del conflicto es preservar la dignidad y libertad de quienes hacen vida en la Universidad: empleados, estudiantes, obreros y profesores, quienes tienen su capacidad de laborar en condiciones dignas, diezmadas.

Desde siempre hemos sabido que La Universidad es un blanco importante contra el cual ir, si quiere acabarse con la libertad y la dignidad del individuo (ciudadano). Es necesario reducirla al mínimo, puesto que es el lugar natural de la diversidad de las ideas, la necesidad de ser únicos y la capacidad de disentir.

El éxito de este conflicto (aun no resuelto) dependerá de la acumulación, conservación y consolidación de las fuerzas Universitarias, que hasta ahora han protagonizado la escena. Entre ellas hay que resaltar la íntima relación que se ha consolidado entre estudiantes y profesores y su lucha común por un presupuesto justo que garantice entre otras cosas, la educación de calidad que merecen los estudiantes.

La Universidad ha demostrado temple frente a la adversidad de la cual ha sido víctima, al mantenerse en pie de forma perseverante y tenaz, propiciar actitudes positivas y, liderar acciones que han promovido avances en contra de la corriente (a contravía), propiciando logros tangibles, más no suficientes. Como corolario se ha fortalecido la interrelación de los distintos grupos que conforman la Comunidad Académica y Universitaria.

La honestidad y seriedad de las propuestas, en conjunto con la firmeza y valentía de los planteamientos esgrimidos, han sido ejercicios de libertad y dignidad individual y colectiva, que han cristalizado en el diálogo entre ambas partes. Más temprano que tarde, gracias a la tenacidad Universitaria, este diálogo dará sus frutos.

Como dice al final de su escrito Leonardo Padrón,

“Y en las dos lejanas orillas en que nos hemos convertido, hay gente braceando hacia el centro del río, allí donde seguramente encontraremos el primer abrazo del próximo país que nos toca ser”.

Esos somos y eso hacemos los Universitarios.

Los problemas estructurales de La Universidad necesitan un cambio de timón; a la problemática orgánica se suma la problemática económica. Es por ello urgente encontrar soluciones para que cese el cese de actividades y se coloque en su justa dimensión la Crisis Universitaria actual. Con tenacidad y a contravía, los Universitarios seguiremos descubriendo discursos de reconciliación, imprescindibles para conquistar el punto de inflexión necesario en la genuina lucha por la dignidad no sólo de la Universidad sino del Venezolano.